

Melancólica Agonía

Arik Eindrok

Para mi eterno e imposible amor...

*¿Qué me hacen tus manos que,
cuando me acaricias con tal ternura,
me haces olvidar incluso la muerte
que por tanto tiempo he añorado?*

Esa misteriosa sensación

Entonces, al anochecer, me preguntaba qué sería aquella misteriosa sensación. No sé, me tenía apabullado, como si hubiera estado dentro de un torbellino durante eones, como si repentinamente me hubiese percatado de que aún estaba vivo. Y es que, hasta entonces, todo había sido soledad y tristeza, hartazgo y desesperación; una combinación de factores que solo contribuían a mi plena destrucción. Y, ciertamente, no creo que quiera vivir; no como la mayoría de las personas lo anhelan. La verdad es que no, pues, si hay algo que deseo con toda mi alma, es la muerte. Vivo obsesionado con la idea del suicidio, y no hay día en que no conciba una manera fantástica y novedosa de realizarlo. Pero bueno, en fin, no es eso de lo que quería escribir ahora. No, claro que no, pues ya para eso he escrito tantos libros extraños y absurdos, tanto como mi miserable existencia.

En realidad, de lo que quería contarte es de esa enigmática tormenta de emociones que de manera espontánea surge cuando me miras. Y, es tan abrumadora la inefable profundidad y belleza de tu mirada, que no puedo sino solo intimidarme. Tienes algo más allá de este mundo, hay algo sumamente sublime y místico en tu rostro, que emana de un lugar más

profundo, acaso tu alma. Sí, me parece que tú tienes eso que podría enloquecer a mi locura, esa peculiar luz que me libera momentáneamente de las tinieblas de mi propia cabeza. Y sí, tal vez es insensato decírtelo, pero no importa. Es evidente que, cuando te conocí, no sabía en lo que me estaba metiendo, pues jamás sospeché que tus labios encajarían tan bien con los míos, y que tu espíritu vibraría en una sintonía tan parecida a la mía. No sé, puede que solo esté alucinando, que esté fraguando quimeras para contrarrestar mi sórdida tristeza.

Pero, de lo que sí estoy seguro, es de que conocerte ha cambiado mi mundo por completo, e, incluso, sin que yo pueda hacer algo al respecto. Es casi como intentar comprender lo incognoscible, como si de pronto este infierno mísero que es mi vida comenzase a tornarse un poco menos molesto. No sé si somos destino, o si la siniestra casualidad que hizo posible nuestro encuentro nos mantenga jugando para luego, sin razón, perdersnos. No sé cuánto tiempo estaremos juntos, pero ¿acaso eso importa? ¡Maldición! No niego que en verdad me encantas, y que, si algún día ya no estás en mi vida, tampoco la vida estará ya conmigo... Pero supongo que, al fin y al cabo, así es como deberá ser. En fin, quería contarte tantas cosas que terminé por solo confundirme a mí mismo. Y es que es jodidamente intrincado descifrar qué carajos me produces al contemplarte fijamente para que mi ser se alborote de esta manera.

¿Qué clase de algarabía inexplicable se desata en mi interior cuando posas tus manos en mi rostro entristecedor? No sé, es casi como sentir que muero lentamente mientras tu lozana presencia me revive en paralelo con tan solo una mirada. Desconozco en qué momento exacto se produjo ese intercambio de emociones, sensaciones y lo que sea que me ocurra cuando estoy contigo. Es probable que solo sea una mezcolanza de reacciones químicas en mi cabeza que sucumbirán algún día. No quiero aceptar algo así, quiero creer que es posible la existencia de algo mucho más embriagador y desconocido que surge tan pocas veces en la vida. Y bueno, solo quería decirte lo feliz, si es que puedo emplear tal término, que me siento cuando escucho la dulce sinfonía de tu voz. Verte me hace tanto bien, y, aunque no pueda tocarte, aunque estés tan lejos, aunque todo

parezca una absurda tragicomedia, para mí conocerte sí que ha tenido sentido.

Pues, cuando estoy entre sus brazos, siento como si hubiese encontrado el lugar donde podría descansar hasta suicidarme, donde podría morir una y otra vez y todo sería perfecto, donde no me importarían ni el mundo ni la humanidad si pudiera sentir tus manos jalando mis cabellos cada maldito instante. Y es que, sinceramente, abrazarte es como estar de nuevo en casa después de un largo periodo de ausencia. La tranquilidad que experimento cobijado entre tus brazos es tan magnificante que casi podría llamarle a eso felicidad, pero no sé, ¡qué caos ocasionas en mi cerebro! No puedo saber lo que tú piensas ni tampoco la manera en la que sientes, pero quiero decirte que, si pudiera estar contigo, aunque sea el periodo más ínfimo, sería suficiente para saber que aún respiro. Sí, por muy absurdo, ridículo y optimista que pueda parecerte, me es inevitable no confesártelo: tú me haces sentir vivo de nuevo, y de ti estoy locamente enamorado.

Fragmentos de tu ser

Sentado otra vez en esta habitación, triste y con el corazón acongojado. Sí, de nuevo lejos del único ser en este mundo con quien puedo sentirme yo mismo: tú. Y es que no sé, ya no encuentro el modo de seguir viviendo si no estás conmigo, si no tengo la certeza de que podré abandonar esta tristeza y correr muy lejos de mi sombría existencia para refugiarme entre tus brazos. No me cansaré nunca de decírtelo, tal vez no llegues a creerlo, pero me resulta tan necesario que sepas que tú eres lo único en lo que yo veo sentido, lo más bonito, lo más sagrado, lo más inalcanzable, lo que yo adoro y amo en este infierno humano. Tú eres la perfección que jamás

seré digno de contemplar, la obra de arte que jamás ningún pincel ha plasmado.

Estar contigo es como sumergirme en un dulce sueño donde todo se distorsiona, donde la realidad me parece hasta tolerable, donde mi cabeza no me tortura con pensamientos deplorables, donde puedo volar y volar hasta atravesar el cielo, los planetas, las galaxias, los universos, y terminar, irremediablemente, estrellándome en tu deliciosa boca. Porque, para mí, tus labios lo son todo. Sí, representan algo mucho más valioso que cualquier posesión o persona, que cualquier astro o supernova. Tus labios son mi adicción, son esa droga que yo requiero para poder siquiera intentar respirar un segundo más. Tus labios son aquello por lo cual yo mataría y moriría, por lo que podría apostar todo en contra de todas las probabilidades.

Tú eres mi adoración, mi sublime deidad, mi estrella refulgente. Te miro y pienso que, aunque todo sea absurdo, me mataré con una jodida sonrisa en el rostro tan solo por haber tenido la fortuna de haber conocido a un ser tan bello y perfecto como tú. Porque para este triste poeta no existe nada más hermoso que tu rostro y tu alma etérea. Y, ciertamente, ni tú te percatas de todo lo que representas, pero eres tan brillante. Yo creo en ti y te admiro en muchos aspectos. Me encantas como sea: despeinada, sin maquillaje, desvelada, con ojeras, con todos tus posibles defectos, aunque ciertamente no encuentro ninguno. Me fascinan tus ojos fulgurantes, y tan preciosamente refulgen que me cautivas con solo mirarme. Me encanta, a pesar de todo, que hayamos podido coincidir en esta realidad donde creemos existir.

La creación más perfecta

Ya no sé qué hacer, en verdad que no. Ya no sé si podré seguir viviendo de este modo. No sé cómo combatir esta desesperación infame que viene y se apodera de mi cada día, cada tarde, cada noche. Sumergido en esta

tristeza inmanente, en esta oscuridad imperante, así es como transcurre la absurdidad de mi existencia. Sufrimiento abundante el que me hace lacerar mis muñecas, el que me hace divagar en sueños tan destructivos. Cualquier persona o lugar me sabe a nada, cualquier situación pareciera teñida de un gris sepulcral. Y mi sonrisa, antes ya de por sí apagada, ahora ni siquiera muestra un ligero esbozo por volver.

El amanecer, esos rayos del sol que anuncian un nuevo sacrilegio de 24 horas, me deprime tanto que cada noche pienso en suicidarme, pero sin éxito, sin valor. Los frágiles lienzos de tranquilidad ni siquiera puedo percibirlos ya, los breves episodios de supuesta felicidad no significan nada para mí. Y finalmente está aquí a mi lado esa sombra cuya compañía encierra consigo un vacío sin igual: la soledad. ¿Cómo es posible que antes la buscase tanto y que ahora la deteste así? Me aferré a ella durante muchos días, meses, años, siempre encontrando un refugio para evadir la falsa máscara de la vida. Y vaya que hubo entidades femeninas que intentaron arrebatarme de su poder, que intentaron tomar mi mano y sacarme de aquel pantano absurdo. Pero no, la verdad es que no quería.

Pese a todo, me gustaba sentir mis pulmones ahitos de aquella barbarie; me encantaba permanecer en ese estado tan incierto, ahogándome y aun manteniendo la esperanza de vislumbrar nuevamente el arcoíris, de volver a respirar algún día, pero no el banal aire de cualquier otra persona. No sabía cuánto resistiría, no sabía ni siquiera si deseaba que esa soledad tan agradable se retirara alguna vez. Por ella rechacé todas las oportunidades, desprecié todas las manos de ayuda, pues nada me parecía más ridículo que la compañía de otra entidad que no fuera mi amarga, pero hermosa soledad. Entonces te conocí... Y ¡vaya caos que aconteció en mi existencia! Pues parecía que finalmente algo tenía sentido, y ¡lo tiene! Estar contigo es todo lo que quiero ya.

Esa magia con la que tan repentinamente te convertiste en todo lo que yo adoro en este mundo no puedo ni quiero explicarla. Podría decirte miles de cosas, escribirte millones de poemas, contarte cientos de historias, pero la verdad es que todo eso no podría compararse ni siquiera un poco a lo que siento cuando me abrazas y me besas, pues, cuando eso pasa, siento que el tiempo, la vida, la muerte, el destino, la humanidad, nuestros

defectos, nuestros traumas, nuestros trastornos, mi tristeza... y absolutamente todo se torna indiferente. Además, me encanta el sabor de tu boca y la dulzura con que tus labios envuelven a los míos. Me encanta cómo acaricias mi rostro marchito y cómo me acercas a tu pecho tan cálido, pues en tales momentos siento cómo todo el miedo y el absurdo de la existencia ceden ante tu exquisita compañía. Y, al mismo tiempo, me invade un mórbido sentimiento de melancolía al saber que algún día podría perderte para siempre, que podría nunca más volver a sentirte tan cerca de mí, tan reluciente.

Tengo tanto temor de no ser yo el amor de tu vida, y, al mismo tiempo, me repito una y mil veces que jamás intentaría detenerte. Pero es que no sé, es que me torturan tantas ideas que mi mente sencillamente no puede evitar considerar. Porque me parece una estupidez creer que existiría otro ser que pudiera quererte y cuidarte como yo lo haría, que podría ver en ti todo lo que yo logro vislumbrar: la más deliciosa y magnífica obra de arte. Pero todas estas obsesiones son solo el reflejo de mi mente trastornada, son solo ese irremediable anhelo que, cada noche, me consume y me sumerge en la agonía de no poder sentirte a mi lado, con esa hermosa alma que solo tú posees. Y entonces ¡qué delirio! Pues es cuando caigo en cuenta de que enamorado de ti estoy, y no poco. Pero no es solo eso, no es solo un momento, una pasajera invención. No es solo un reemplazo, pues antes de ti hubiera preferido una y mil veces a mi maldita soledad que a cualquiera.

Pero ahora, aunque lo niegue rotundamente, no puedo seguir ocultándolo. No, ya no puedo seguir fingiendo que no te extraño y no te necesito con todo mi corazón. Pero también estoy asustado, me mantengo temeroso de acercarme más a ti, porque no sé si realmente yo soy la persona a quien tú quieres, con quien quisieras pasar tu poco tiempo libre, con quien quisieras compartir estos sentimientos suicidas que tanto nos invaden. Sé que parece una locura, pero no podría aceptar que alguien más osara mancillar con su sucia y miserable humanidad tu sagrada e inmaculada alma. Y, el día en que tu vida tome un camino lejos de mí, el día en que tan rápidamente te hayas aburrido de este patético soñador para el que tu amor lo es todo, y que no conoce nada más divino que tus besos ni nada

más bello que tu voz, pues ese día, mi eterno e imposible amor, ¿de qué me servirá continuar respirando? Ese día, tenlo por seguro, ¡me cuelgo tan pronto se haya extinguido el último átomo de tu presencia!

Y no sé qué hacer ya, pues antes rechacé a tantas por estar con mi soledad, pero, ahora y en lo consiguiente, rechazaré a todas, y, sobre todo, rechazaré todo lo que la soledad pueda ofrecerme tan solo por estar con una sola mujer... Sí, con la única mujer con la que me casaría por todas las formas disponibles, y por quien cometería todas las locuras posibles; con la mujer más hermosa, tierna, inteligente, deliciosa, adorable, exagerada, pesimista y con el alma más bonita de todas. Con la mujer cuya mera existencia es para mí razón suficiente para no suicidarme y para intentar tantas cosas con tal de verla sonreír. Y, en fin, esa mujercita a quien no cambiaría por nada ni por nadie, y que es para mis ojos la creación más perfecta, pues evidentemente eres tú, e infinitamente solo tú.

Lo que me gusta de ti

Porque lo que me gusta de ti va más allá de tu cuerpo, y que, no me malinterpretes, es un monumento a la belleza más perfecta. Pero no, lo que en verdad me embelesa y me deja en un estado totalmente ajeno a mi naturaleza humana es eso que no podría tocar, ni siquiera rozar, por más que lo intentase. No sé si crees que puede o no haber algo más allá de este traje de carne y huesos, pero lo que yo observo en ti cuando me pierdo en tu sempiterna mirada es algo que no había atisbado en nadie más. Tal vez creas que exagero, quizá pienses que es solo una fase, que es solo una especie de ilusión. No intentare convencerte, simplemente me encantara demostrarte que en verdad me importas mucho más de lo que crees, y que haría por ti lo que fuera. Que quiero estar contigo en tus buenos y malos ratos, tanto como tú me lo permitas.

Tampoco quiero hostigarte y sé que a veces parece que te busco tanto, quizás incluso resulte extraño para ti. Pero es que conocerte ha cambiado toda mi realidad, y la ha tornado en una en la cual, si es contigo, quisiera poder subsistir un poco más. Y solo quisiera seguir viviendo para mirarte hacer toda clase de cosas que las personas hacen diariamente, pero que, tan solo por tratarse de ti, para mí significa todo en la existencia. Quiero verte reír, suspirar, comer, estudiar, dormir, bailar, jugar... Quiero verte ser tú, haciendo las cosas más cotidianas de la vida, porque eso sería para mí el mejor regalo y me haría sonreír cada día. Y, cuando el absurdo se apodere de todo, sabes que siempre podrás contar conmigo de manera incondicional. Yo estaré ahí para ti, incluso en los peores momentos. E, incluso cuando no me necesites, seguiré ahí, solo por y para ti.

Y todo lo que hago por ti, todo lo que te escribo, no lo hago porque tú me lo pidas, lo hago porque siento por ti tantas cosas que no me sería posible expresarlas ni plasmarlas. Sí, puedes considerarme un loco y un pobre perdedor. Puedes considerarme de la manera que sea, porque yo sé bien lo que quiero. Y lo que quiero es tan solo poder acompañarte en este teatro absurdo que es la vida, al menos el tiempo que tu así lo quieras. Sabes, estoy de acuerdo en que prometer cosas es un tanto ridículo, en que muchas cosas pueden cambiar con el tiempo, pero lo que en ti yo contemplo, cuando te miro con mi cara de tonto, es algo que no podría vislumbrar en nadie más. Si, yo creo que tú tienes un alma, lo que sea que eso signifique, y a mí me encanta, porque cuando te conocí y cuando hablamos y nos vemos quiero creer que yo también tengo una.

Y sí, creo que más que enamorarme de tu cuerpo, de tus ojos, de tus cabellos, de tus labios y de la forma en que me abrazas y de la ternura con que duermes, e, incluso más allá de tu forma de ser y de pensar, la cual me fascina, pues creo que más allá de eso podría decir que me enamore de tu alma. Y algún día, cuando este ya muerto, lo único que quiero y por lo que sé que habrá valido la pena haber vivido en esta existencia miserable y deprimente es por el magnífico y sublime hecho de haber podido conocerte. Sí, solo a ti, con esa hermosura espiritual que no tiene precio ni comparación. Solo a ti, la persona que más adoro en todo el mundo y por la cual cometería cualquier clase de locura, por quien incluso

me atrevería a dar mi vida sin dudarlo. Porque, para mí, tu existencia es lo más sagrado e inefable que hay en mi triste vida. Tómame como un loco, piensa de mí que soy un poeta enloquecido, pero déjame escribirte y dedicarte hasta el último verso de todos mis escritos.

Me gustas tanto

Me parece que me gustas mucho; de hecho, estoy absolutamente seguro de ello. Y también me parece que te posicionas muy por encima de cada uno de mis pensamientos, especialmente en las noches más frías y desoladoras, cuando las lágrimas son tan difíciles de contener. Y es cierto que te extraño tanto, que no había experimentado esta desesperante sensación de oler tus cabellos y acariciar tus manos todo el tiempo. Y, cuando te miro, encuentro en el esplendor de tu ser aquello que hace enloquecer mi razón y me agita el corazón. No importa desde qué ángulo, no importa cómo luzcas, no importa si estás deprimida, feliz o enojada, pues, para mi mirada, no existe nada más sublime y bello que tu silueta encarnada. Es extraño, podría decirse, y, a la vez también un poco frustrante, no poder contemplarte cada instante, cada milésima de segundo del día, pues eso sería, evidentemente, mi felicidad entera.

Y me causa desasosiego pensar que, para tus ojos, no represento ni una mínima parte de lo que tú para los míos. Y me trastorno generando todo tipo de escenarios pesimistas donde, al final, tú y yo no estamos juntos. Pero, cuando me escribes y me hablas, todo se difumina, y entonces un optimismo ridículo me susurra que sí, que probablemente yo también deleito a tus ojos, que tal vez yo te gusto al menos la mitad de lo que tú a mí, que quizá podríamos llegar a ser algo más bonito de lo que imaginamos ahora. Y me gustaría entenderte, y también entender qué efecto generas en mi mente para que te añore con tal vehemencia, para que incluso piense en postergar mi muerte con tal de disfrutar de tu

compañía tan solo una vez más. Si te soy sincero, debo decirte que nadie me había gustado como tú, no de esta manera tan misteriosamente poética. Porque bien sabes que todo es por ti, y que, desde el instante en que te conocí, no puedo ni siquiera concebir besar otros labios.

Y ¡cómo me enferma la idea de que tú puedas hacerlo! Pero trato de controlarlo, pues, al fin y al cabo, ¿qué somos tú y yo? Al fin y al cabo, todas las personas son libres de cometer cualquier acto, ¿no? Pero me dueles, y eso es porque, de algún modo, me importas mucho. Y no sé por qué es así, no entiendo por qué en tan poco tiempo la dulce melodía de tu voz cautivó a tal grado mi espíritu acongojado. Pero me gustas más de lo que podrías colegir, más de lo que podrías gustarle a cualquier otro mortal, más de lo que le podrías gustar al mundo entero, más de lo que le podrías gustar a algún extraterrestre. Me gustas tanto que creo voy a enloquecer si no puedo besarte, abrazarte, acariciarte y escucharte cantar cada noche. Pero todo este egoísmo mal disimulado me aterra, y ni siquiera sé por qué te lo digo. Es tan solo que me encantas, pero sería algo imposible que pudieras comprenderlo, que pudieras visualizarte desde mis tristes ojos para que supieras el halo de felicidad en que me envuelve tu sonrisa.

Me gusta todo lo que haces, lo que dices, lo que piensas y lo que sientes. Me gustas de una manera tan jodidamente obsesiva y peligrosa, tanto que me consume día con día. Tanto que, si algún día me dejaras, creo que tendría que quitarte la vida. Pero no, no espero en ningún momento ninguna recompensa, no te pido nada a cambio. No espero que algún día me digas *te amo*, ni tampoco que te cases conmigo o que pases tu tiempo libre a mi lado. No, no espero que sientas lo que yo por ti, porque, al final, todo se reduce al interior de cada ser. Pero te adoro tanto, y esa es la verdad. Constantemente divago en otros mundos para escapar un poco de la miseria de mi vida, y en todos estás tú. Y eso me parece tan genial, pues cualquier clase de futuro no sería sino un absurdo si no estás tú en él. A veces no sé qué pienses de mí, de todo lo que te digo o te escribo, pero creo que no sé si quiero saberlo. Lo único de lo que estoy seguro es de que me gustas y me gustarás por siempre.

Odiando tu ausencia

Odio más que nunca mi vida, todo parece aún más absurdo y patético que antes, en especial yo mismo. Odio este cuarto, estas calles, esta ciudad, las personas que diariamente veo pasar y que lucen tan indiferentes. Odio la hora de la comida, la hora de despertar, la hora de dormir. Odio hacer ejercicio con desgana, beber agua por obligación, respirar por convicción. Odio el trabajo, el tráfico, las risas a mi alrededor. Odio a las parejas caminando por ahí, compartiendo un helado o simplemente abrazándose. Odio cuando está soleado, cuando está nublado, cuando llueve. Odio el calor y también el frío. Odio mi soledad, mi tristeza, mi melancolía, mi nostalgia, mi pesimismo y mi decadencia. Odio estas malditas pastillas, estas botellas ya vacías, estos cigarrillos esparcidos en el suelo. Odio tantas cosas, tantos pensamientos obsesivos en mi cabeza. Odio recordar esos momentos, esas sensaciones, esos suspiros, esos abrazos, esos besos, esa calidez, esos ojos, esos cabellos, esos días a tu lado. Odio mi fragilidad y las lágrimas que cada noche me acompañan en mis veladas suicidas. Odio estos escritos tan depresivos y desesperados, odio esta tinta esparcida en tu nombre.

Odio esta condición tan desconcertante que me hace volver a ese tiempo donde fui tan efímeramente feliz a tu lado. Odio recordar esas escasas noches donde finalmente hallaba en tu alma un consuelo para todo mi sufrimiento. Odio aceptar que me he enamorado de ti y que, aunque lo intente, no puedo estar sin ti. Odio que te apoderes tan delirantemente de mi mente y que opaques cualquier otra idea, lugar o persona. Odio que ya ni siquiera tenga ojos para nadie más, que ya no quiera conocer a ninguna otra mujer. Odio haberte conocido, pues desde entonces me has dado motivos para seguir vivo, y es que yo ya solo pensaba en el suicidio. Odio sentirte tan cerca sabiendo que estás tan lejos, que ni siquiera podré rozar tu mano esta noche que apesta a muerte. Odio este desequilibrio mental que solo tú me ocasionas, pero que, a la vez, me tiene embriagado. Odio

emocionarme como un estúpido cuando llegan tus mensajes y sonrío idiotamente al leerlos. Odio que sea tan natural la manera en la que me haces sentir feliz con tan solo una mirada, una caricia, una llamada, un mensaje, una migaja de tu divino amor.

Odio tener que esperar por ti, tener que contener los deseos que tengo de perderme en ese dulce cielo que solo alcanzo cuando saboreo tus deliciosos labios. Y en verdad odio mi debilidad y lo infantil que parecen todos estos comportamientos, estos celos, esta agonía, esta penumbra de tinieblas que se ha cernido sobre mí desde tu partida. Odio incluso volver a verte, tan solo porque sé que tendremos que separarnos nuevamente. Odio imaginar tantas cosas a tu lado, y es que, aunque quiera, me es imposible no ilusionarme contigo, pues eres lo que yo más adoro en este mundo aciago. Odio necesitarte, extrañarte, quererte y amarte. Odio molestarte continuamente con mis frases incoherentes. Odio escribirte sin poder obsequiarte inmediatamente mis poemas. Odio estar triste, aún más ahora que no estás aquí. Odio saber que, quizá, ni siquiera pienses en mí la mitad de lo que yo en ti. Odio esta ridícula dependencia emocional que me tortura tanto. Pero ¿sabes que es lo que más odio? Pues lo que yo más odio es este sentimiento tan punzante que me susurra que ya no puedo ni quiero vivir... sin ti.

Te detesto (1)

Te detesto... Sí, te detesto, pero no me lo tomes a mal. Te detesto por tantas razones que ni yo podría explicarlas, pues son tan variadas como intensas. Detesto escribirte poemas, detesto que tu mirada me cautive de esa inefable manera, detesto que tu boca me haya generado tan delirante adicción, detesto que tus brazos sean ya el único refugio en el cual me siento ligeramente feliz. ¡Cómo detesto esta sensación tan abrumadora de querer estar a tu lado todo el tiempo y de extrañarte así, tan

desesperadamente! Sí, detesto tu voz, tus ojos, tu nariz, tus orejas, tus dientes, tu lengua, tu boca, tus cejas, tus pestañas, tus cachetes, tu cuerpo, tus brazos, tus manos, tus pies, tus dedos, tus piernas, tu cintura, tus caderas, tus rodillas, tus cabellos. Pero, sobre todo, detesto infinitamente tu alma. Y ¡cómo detesto escuchar tu risa y mirarte sonreír! Es algo que detesto con todo mi ser. Te detesto porque antes de conocerte me sentía tranquilo, y, aunque triste e infeliz, mi interior estaba en paz, sin esta tormenta de inexplicables emociones.

Y entonces te conocí, sin saber los riesgos que ello implicaría, sin saber todo lo que en mí ocasionarías. Te detesto tanto porque le diste un giro absoluto a mi existencia como nadie lo había hecho. Te detesto porque no comprendo, por más que lo intento, como es que atrapaste así mi corazón, y cómo es que ni siquiera osas devolvérmelo un poco, aunque la verdad es que tampoco lo quiero de vuelta. Te detesto porque en mi trastornada mente ya solo estas tú, tan profundamente que ni siquiera vale la pena intentar olvidarte, pues, entre más trato, más te impregnas en cada uno de mis obsesivos pensamientos. Te detesto porque nunca había sentido tanta felicidad al lado de alguien, y, aunque no lo exprese ni lo demuestre, en verdad me siento tan feliz con el simple hecho de sostener tu etérea mano. Te detesto porque hiciste, en tan poco tiempo, que odiara por completo mi antes amada soledad, que rechazara vehementemente esta vida decadente en este lúgubre lugar. Te detesto mucho porque me hiciste extrañarte sin necesitar de una razón en particular

Detesto pensar también que algún día podría atreverme a andar contigo, que me animaría a casarme contigo, pues la simple idea de que seas para mí es algo que me embriaga a tal punto que podría olvidarme del mundo, la humanidad y la existencia, de todo en este putrefacto universo tan solo para decirte cuan feliz sería a tu lado. Y, por cierto, hablando de eso, y, de antemano pidiéndote una disculpa por usar tal termino de manera tan poco sutil, solamente quiero pedirte una cosa, y esa es toda la verdad: cambia todos los "detesto" por los "quiero, adoro, amo". Lo que sea, lo que mejor suene o se acomode, lo que creas más conveniente para ti. Pues, finalmente, son solo palabras, abstracciones mediante las cuales intento hacerte entender que, desde el primer momento, y sin que me importe si

lo crees o no, me enamore locamente de ti y te convertiste en absolutamente todo para mí. Sí, solo tú con ese resplandor incomparable.

Pero, por lo que en verdad sí te detesto, es porque me haces sentir desesperación, ansiedad, temor y hasta celos. A mí, justamente a mí, que había prometido jamás volver a sentir eso; y que me había vuelto, según yo, totalmente indiferente. Detesto cada vez que pareces no extrañarme, que pareces no desbordarte como yo con todas estas sensaciones. Te detesto porque jamás creí que quisiera estar con nadie como quiero estar contigo. Te detesto cuando siento que me ignoras, o cuando no me respondes rápidamente. Detesto cuando no puedo hablar contigo por culpa de la esclavitud y el tiempo. Detesto pensar que solamente seremos amigos, a pesar de todo lo que ha pasado. Y detesto esa asquerosa idea que me tortura y que me vuelve loco al susurrar que seremos tan solo algo pasajero. Te detesto con todo mi corazón, pero, al mismo tiempo, te amo más allá de todo lo que existe en esta absurda dimensión.

Te detesto (2)

Pero más te detesto porque jamás creí que quisiera estar con una persona para siempre, pero contigo sí, y entonces también me detesto yo. Sí, te detesto tanto, y no sé por qué maldita razón quisiera tanto poder ser para ti algo importante, poder en tu vida significar algo más que el absurdo y el tedio, y eso es hasta misterioso para mí, pues no había surgido ese sentimiento en muchos años. Y detesto pensar que todo esto al final podría ser solo parte de otra historia más en nuestras vidas, que tú y yo no seremos sino un encuentro más. Detesto pensar que algún día podrías besar la boca de alguien más, detesto pensar que podrías acariciar otra piel que no sea la mía, detesto pensar que podrías jalar otros cabellos que no sean los míos. Detesto, sobre todo, imaginar que serán otros ojos en donde se refleje tu inmarcesible hermosura.

Detesto pensar que yo no soy suficiente para ti, y que solo me ves como a un triste perdedor que muere por un poco de tu amor. Te detesto porque, tal vez, no puedas nunca darte cuenta de que nadie te miraría, te querría, te adoraría, te protegería y te cuidaría como yo. Y ¡cuánto detesto pensar que algún día, en algún universo, a quien le digas *te amo*, no sea yo! Detesto imaginar que en los brazos de otro hombre podrías estar, justo ahora mientras escribo tan apasionadamente para ti. Detesto este ridículo sentimiento de pertenencia que surge tan repentinamente cuando pienso en ti, porque entiendo a la perfección que todos somos libres de elegir. Detesto estos celos tan desquiciantes que me consumen tan solo al concebir que hay otros que, sin merecerlo, pueden escuchar diariamente tu voz, mirar tu perfecta sonrisa, percibir tu embriagante olor, y que, a pesar de todo, no aprecian, en su ignorancia y estupidez, tu inmarcesible, única divina e inefable belleza sobrehumana. Sí, no apreciarían jamás a la más sublime y exquisita creación: tú.

Te detesto cuando, con inaudito temor, vislumbro ese fatal día donde me digas: ya no quiero verte, ya no quiero estar junto a ti. Y en verdad detesto la idea de perderte, porque entonces tendría que, con todo el dolor de mi ser, la vida arrebatarte. Pero lo que más detestaría es no ser yo tu elección, no ser yo la persona a quien algún día puedas llegar a querer, e, incluso, a amar. Y te detestaré con todo mi ser el día en que me abandones, en que alguien más me robe tu amor, en que algún patético mortal me arrebate lo más sagrado, bonito y real que tengo: tú. Sí, tú eres todo lo que yo pienso, sueño y amo. Te detestaré incluso cuando esté muriendo y pudriéndome en mi dolor, porque, sin ti, mi eterno e imposible amor, ¿qué más me quedaría sino el triste aroma del suicidio? Sin tus besos ni tus caricias, no tengo ninguna otra razón por la cual permanecer en esta triste y absurda existencia.

Y esperaré por ti el tiempo que sea necesario, pues no podría existir ninguna otra felicidad para mí que no sea a tu lado, despertando con tus besos y durmiendo entre tus brazos. Porque tú eres la supernova que contemplo tan sublimemente desde mi recalcitrante tristeza, tú eres la única mujer por quien yo haría cualquier cosa con tal de verte sonreír, tú eres el único motivo por el cual aún quiero permanecer vivo, tú eres para

mi cuerpo todavía más necesaria que el aire que respiro. Sí, tú eres tan jodidamente hermosa en todo sentido que, por ti, prolongaría mi suicidio el tiempo que estés conmigo. Tú eres la persona a la que nunca me cansaría de escuchar, a la que querría ver una y otra y otra vez por la eternidad. Tú eres a quien yo quiero para ser el amor de mi vida en cualquier universo. Y, finalmente, quiero decirte que tú eres la razón de mi poesía, de todos mis versos, de todas mis obsesiones, locuras y paranoias. Tú eres lo que yo más amaría, sin importar cuántos seres más existieran, en cualquier galaxia o dimensión.

Tu compañía

Esta existencia mía ha sido complicada, pero solo quería decirte un par de cosas. Y es que pensar en ti me ha ayudado mucho. Te pienso tanto que a veces hasta me aterra ya no poder recuperar el control de mi cabeza, pues tú invades cualquier recoveco y, con tu espectacular silueta, me embelesas. Y, aunque no estés aquí ni hablemos todo el tiempo, eso no importa, porque te llevo en mi corazón más allá de este absurdo teatro que es la vida. Me siento muy feliz de haberte conocido y de poder compartir esos breves lapsos a tu lado donde me confieres la dicha de poder, aunque sea, olerte, contemplarte y deleitarme con el increíble aura que emana de tu bello ser. Me siento feliz de escuchar el encanto de tu voz, de leer tus mensajes al despertar, de recordarte y sonreír tontamente.

Me siento feliz cuando te abrazo y te beso, cuando me acaricias y me recuestas en tu pecho. Me siento feliz cuando comparto mis comidas contigo y también cuando compramos algo juntos, aunque sea lo más insignificante. Me siento feliz de poder sostener tu mano, de vibrar con tu sublime presencia, de perderme en ese exquisito manantial que solo tú ostentas. Me siento feliz cuando te veo fijamente y te sonrojas, pues me pareces tan jodidamente especial y tan poéticamente perfecta. Me siento

feliz cuando te escucho cantar tan dulcemente, pues tu voz es algo incomparable, algo más allá de este plano mundano. Tu voz me parece confeccionada por una especie de entidad superior quien depositó en ti el don perfecto para que, al escucharte, mi adicción fuera total. Solo tú tienes todo lo que me gusta, solo tu sonrisa me gusta más que la de la muerte.

Y también sé que no siempre estarás en la disposición de dar lo mejor de ti, pero yo estoy dispuesto a comprenderte, cuidarte y quererte sin importar nada más. Porque, aunque existir sea una tortura, sabes que, cuando estoy contigo, me haces volar. Todo es como entrar en otra realidad donde el tiempo y el espacio se tornan indiferentes, donde lo único que mis ojos contemplan es la inefable e inmarcesible hermosura de tu espíritu. Porque, en realidad, más allá de tu cuerpo, es ese algo misterioso que no podría jamás tocar, pero sí sentir, lo que me hace adorarte cada vez más. Y, en fin, solo quería decirte lo inconmensurablemente feliz que me hace tu compañía independientemente del lugar o circunstancia, porque me gusta todo de ti y solo de ti.

Mi adoración

Y, lo que comenzó como una locura aquel día donde por vez primera tuve la dicha de rozar tus etéreos labios y de escuchar el melifluido de tu voz, se ha convertido en algo que no sé cómo explicarte, porque ni yo lo entiendo. Pero tal vez podría resumirlo así: sin ti, no vale la pena escribir, reír, despertar, existir... Sin ti, todo es absurdo. Me siento muerto cuando te vas, me siento como si estuviera encadenado bajo una tormenta infernal que parece no cesar. Porque mi cielo solo resplandece si eres tú mi sol. Porque mi vida solo tiene sentido si eres tú mi dulce amor. Sé que mi personalidad es la de un ser melancólico y abatido, y que acaso eso no

pueda cambiarse. Pero lo que tú me haces sentir cuando me besas, me abrazas y me acaricias es lo más bonito que he sentido en toda mi vida.

No sabes cuánto te adoro, no tienes idea de lo que significas para mí; me tienes atrapando mariposas tan solo por un ápice de tu amor. No sabría cómo agradecerte ni tampoco cómo expresarte lo que por ti siento, pues es algo que no podría pertenecer a este mundo corrompido. Y la verdad es que lloro porque no quiero volver a estar sin ti, porque me parecía tan perfecto estar contigo en la misma habitación, en la misma cama y en el mismo resplandor. Porque pensaba que solo tú serías la mujer perfecta para mí, pues solo a tu lado podría sentirme menos infeliz. Y también me entristecía porque tengo miedo, pánico de que te largues y me dejes con el corazón roto. Pero no quise decírtelo, porque ¿qué pensarías entonces de mí? Que soy un ser débil, frágil, arruinado, y que, en su miseria, se ha enamorado perdidamente de todo lo que tú eres.

Y ahora, ¿qué hacer? Tan solo quiero estar contigo, ¡joder! ¿Es acaso un crimen experimentar tantas cosas por ti? ¿Es acaso un delito mirarte como lo hacen mis tristes ojos? Sería un mentiroso si te dijera que no me hago tantas ilusiones, porque solo tú tienes todo lo que me gusta, tú eres lo que yo más adoro en este mundo. Tú eres el ser por el cual, con tal de verte, aunque sea una vez más, aceptaría volver a existir en cualquier otra realidad. ¿Es que acaso no hay tregua para esta desesperación? ¿Es que acaso podría existir un solo universo donde no seas tú mi adoración? Y ya no sé qué decirte, pues para este nostálgico poeta suicida no hay otro motivo para sonreír que no sea la magia de tu resplandeciente sonrisa. Supongo que soy solo un loco enamorado, un pobre soñador, un simple humano que, en su mente trastornada, no concibe algo más supremo que tu existencia.

Sí, para mí no existe nada mejor que derretirme en tu boca y alucinar entre tus brazos. ¡Oh, si tú pudieras estar en mí, podrías experimentar un poco, aunque sea muy poco, de esa misteriosa sensación que invade mi ser cuando imagino que podríamos estar juntos hasta que el suicidio nos separe! Pero vuelvo a mí y miro al techo, como cada noche, percatándome de lo mucho que pienso en ti, de lo mucho que te he escrito, de lo mucho que te extraño. Sí, y recuerdo el ayer cuando estabas a mi lado, cuando

jalabas mis cabellos y te escuchaba reír. Pero hoy estoy otra vez sin ti, otra vez sin tus besos, sin tu calor, sin tu divina compañía. Pero ya mis ojos se cierran, ya las lágrimas comienzan a menguar.... ¡Cómo quisiera que fuera lo contrario, pero no! ¡Cómo quisiera que no fuera así, pero así es! Te lo confieso sin más preámbulos: tú me robaste la cabeza, el alma y el corazón.

Bestialidad

La bestialidad se ensaña nuevamente con mi petrificado corazón, la devastación llega repentinamente, pero de modo tan profundo que ni un maldito suspiro puedo permitirme. Grandes volúmenes de humanos regalando su libertad, ofreciéndose cual viles títeres de lo absurdo para el sacrificio supremo de los amos del mundo. Y aquellos criados, que, cual víboras inmundas, se regocijan matizando las mentiras de las élites asquerosas para corromper las frágiles y putrefactas mentes de esos miserables. ¡Cuán patético resulta, cuán absurdo se torna el sentido de lo que hemos creído ser! En la algarabía de los jerarcas fueron masacrados aquellos a quienes se había prometido salvación, en las tumbas de los abismos fueron arrojados aquellos a quienes se había ilusionado con piedad y amor.

Uno por uno fueron cayendo, cual reemplazables marionetas, los que se supone debían luchar por el contrario la depravación. El místico dragón los devoró sin pensarlo, masticó espiritualmente sus pensamientos para suplantarlos con la barbarie de un parásito que existe sin razón. Entraba en ellos el líquido y, al mismo tiempo, los abandonaba su patético dios. Ahora sus oraciones eran recogidas por la clemente y virginal locura del caos, por el siniestro y perfecto halo de los horrores etéreos. La nube de gusanos fluorescentes ya no desprendía, por desgracia, la llovizna escarlata que encumbraba un nuevo sol, pero ocultaba mis dientes

partidos bajo el infierno de los que ahora, en este nuevo orden, matarían a dios.

Tan funesta como su propia abyección humana era la ironía con que desperdiciaban sus días, lamiendo las peores muestras de acondicionamiento que en ellos habían sido plasmadas. Se arremolinaban en torno a su destrucción, luchaban con copioso ahínco con tal de ser esclavizados por el virulento engranaje del poder global. Y, cuando la marca fue colocada en sus frentes, se pavoneaban de ser entes sin alma y sin libertad. Presumían su propia desdicha, pregonaban su ignorancia recalcitrante a los cuatro vientos, afirmaban ser los más evolucionados y cultos, pero no eran sino monos acongojados por el sinsentido y el dolor. La crisis se extendía, la angustia probaba y regurgitaba los violentos corazones de los desalmados cuya corrupción parecía no tener comparación. Pero, dentro de aquella barbarie, bien es cierto, hubo algunos que volaron hasta conquistar el cielo, o, acaso, el infierno.

Castigo

Azotado y con la cabellera arrasada por el devorador de los planetas sombríos, vapuleado por el amasijo de pestilentes sanguijuelas que ensuciaban el divino vestido del olimpo. Cada vez más hundido, sumergido en una barbarie de locura y crápula que convergía en orgiástica devastación. Un momento a la podredumbre y una verdadera pintura a la deshonra de ser yo quien dominaba este cuerpo sin orgasmos ni placer. ¿Cómo explicar tal tormento? ¿Cómo susurrarle a esas beldades desnudas y mojadas que, antes de ayer, volví a ser quien juré destruir antes de desfallecer? El castigo fue abrumador, la incondicionalidad de los destellos asexuales trastornó el único lugar hacia donde podía escapar un perdido de los cielos como yo. Pero justo en aquellos paisajes de amargura y decepción era donde podía sentirme mejor, donde mi felicidad relucía para abrir el paso a la tragedia que el sol anunciaba.

Las llagas quedaban abiertas, y cada vez con mayor crueldad, cada vez exigiendo más de mi pobre e insensata elocuencia malgastada. Y los cúmulos que debían desprenderse quedaban atorados en lo más recóndito de mi ser, en el infinito vacío donde reptaba lo que no debía florecer. Pero lo hizo, escapó y conquistó el apocalipsis interno para posesionarme en aquel frío atardecer. Desde entonces, nada fue igual, nada volvió a parecerme colorido y digno de admirar. Todo se secó, todo murió tanto adentro como en el exterior. Pero ¿era acaso un pecado estrujar aquellas rosas negras por el placer de mirar mi sangre fluir a través del cristal? ¿Era realmente tan absurdo imaginar que podrías estar conmigo sin que pudiera tu cuerpo devorar? Es una locura, es un don, es un pesar existir así.

Y ¡cuántas veces intenté convencerme de que mi naturaleza era diferente! En aquel sufrimiento inveterado de mis pobres sentimientos, sobrevino la tormenta que puso fin, por suerte, a mi último tormento. Pues te fuiste, ya no obturaste más el delirio del sueño carmesí, sino que conquistaste al traidor en el viaje del destripador locuaz. Ahora esta agonía sería solo mía, infinitamente mía. Y, aunque otras sufrieron y padecieron las consecuencias de este fatal y horripilante trastorno, sé que fue contigo que murieron mis ganas de estar dentro, pues en verdad te amaba de otro modo. Uno tal que mi humanidad era un impertinente visitante, un estorbo indigno de la piedad con que besaba espiritualmente tus pies, y de los anhelos iridiscentes en el silencio del dolor. Pero mis gritos no fueron escuchados, y tu partida tan fugaz ocasionó, por suerte, el suicidio de este imbécil desdichado.

Ridícula Aflicción

Cenizas de aflicción mal disimulada y desgarradores conflictos que navajeaban el alma. Brotando de las fuentes doradas, enjuagué tu recuerdo para purificar la certeza con que te olvidé en la noche de las

estrellas orladas. Zigzagueando va el carruaje que, con desenfreno fúnebre, nos atrevimos a desencadenar. Pero tus ojos ya no podían verme más, y tus sentimientos me cambiaron por aquel que pudo tu cielo penetrar. La soledad, que ahora me acompaña en este pasaje oscuro y boscoso, sugiere a mi mente con todo terminar. Y, ciertamente, ¿qué más podría esperar? No tiene sentido proseguir de este modo, aullando para recibir el jugoso manjar que no he de poder saborear, retorciendo los senos de la llama azulada que mis manos han de hacer temblar.

No, debe ser mi imaginación o una pretensión ridícula la que me hace querer contigo despertar, pues esos días acabaron y nunca más volverán. Ya no estarás más aquí, ya no se reflejará la pureza de los manantiales en tu sonrisa sin igual. Ya no escucharé tu voz, que me salvaba del atroz condominio de depresión al que me agradaba tanto espiar. ¿Vale la pena seguir? ¿Acaso no ha sido suficiente cada tropiezo para admitir que mi existencia en este mundo es solo un error? Tu amor se esfumó, nuestro cáliz ya se ha agotado desde hace mucho tiempo. La culpa es solo mía, la obsesión de lo carnal imposibilitó nuestra unción. Contigo soñé desde antes de que surgiera tu primer recuerdo y son tus labios los que hubiera deseado saborear hasta haber muerto. Sin embargo, es solo el sonido de una bala incrustándose en mi cerebro el que ahora impera en este último lienzo.

Te amé, o eso creo en mi locura existencial. Todos los poemas que escribí con fulgurante y morbosa pasión siempre fueron en tu adoración, para complacer por unos instantes el deseo de besar tu catártica boca y de purificarme en el oasis sibilino que encierran tus ojos centelleantes. Te amaba locamente, de una manera obsesiva, hasta casi enfermiza. Pero no me era para nada fácil contener estos sentimientos tan atribulados y delirantes que ocasionabas en mi pútrido interior. Tu imagen la evocaré en cada noche de agónica soledad y reflexión, cuando me pierda en esos ensueños donde puedo posarme tiernamente en tus labios y pretender que puedo sostener tu alma más allá de esta dimensión. No olvidaré nunca las sensaciones que entre ambos se suscitaron, pero que, tristemente, jamás colapsaron en esta absurda realidad.

Incongruente Ensoñación

¿Vengarán las ensoñaciones el tedio que la existencia ha producido? ¿Será suficiente con el suicidio divino para olvidarme de esta vida nauseabunda que, por accidente, he soportado hasta haberme desvanecido? Ojalá que sí, ojalá que, cuando me suicide, todo terminé ahí y mi ser sea absorbido por el vacío. Porque odiaría mil veces tener que reencarnar, tener que volver a este absurdo teatro de la vida donde todos actuamos con la misma hipocresía y sinvergüenza, donde nos regocija ser viles y estúpidos, renunciar a nuestra libertad en favor de los placeres de una porquería terrenal. Pero la fantasía es buena, la ilusión de la pseudorealidad es sumamente persuasiva, de una fuerza nunca vista. A todos nos termina convenciendo, a todos nos adopta y nos vuelve esclavos de nuestra propia irracionalidad.

¿No es ese, entonces, el momento de tomar la soga y a nuestro cuello atarla para olvidarnos de tan pestilente humanidad? Sí, debería de ser, pero no, no lo es. Aún somos demasiado cobardes, aún resta en nosotros ese maligno espíritu de corrupción que nos hace querer emponzoñar la vida un poco más. Y, tal vez, sea cierto que, quien de verdad ama la vida, se debe suicidar. Sí, los suicidas son quienes más aman la vida, y por eso precisamente se matan: por amor a la existencia y por respeto a la sublimidad. Pero la humanidad, evidentemente, aún no está lista para vislumbrar esta gran verdad, pues sigue siendo una raza de seres muy bien adoctrinada para seguir patrones establecidos sin cuestionar, para obedecer las absurdas normas que otros seres, igualmente estúpidos, han impuesto con el pretexto de mantener una sociedad funcional, ¡vaya ridiculez!

He ahí el mayor pecado, el mayor sinsentido de un mundo que ya se acabó en su representación más pura de sensatez. Los humanos no se matan por cobardía, pero se nos ha hecho creer lo contrario. Quien se percatase del inmenso absurdo que representa la existencia humana sin duda debería suicidarse, pero no es así. Seguimos viviendo aun sabiendo que es un

desperdicio y una incongruencia, ¡qué tontería Nos gusta ser viles, estúpidos y aferrarnos a la mundanidad, todo lo que sea una ofensa a la vida en lugar de renunciar a ella. Así, los monos seguirán ensuciando este mundo, creyendo que merecen vivir cuando la única desgracia es que aún seamos demasiado cobardes para aceptar nuestra muerte anticipada. El suicidio, según lo veo entonces, es lo único que deberíamos buscar por encima de todo.

Execrable Humanidad

¿Qué eran esas sombras bailando y gimiendo en el interior? Había cierto matiz de desdén en sus labios descarnados y una gran capacidad de destrucción en sus belicosas y humanas manos. Era eso lo único que poseían, era esa su más poderosa arma: la blasfemia. Creían que vivir era un derecho divino que les había sido otorgado por alguna especie de disparatado dios que, incluso, se había atrevido a dar forma a su abyecta y cruenta naturaleza. Así es, pues la violencia, la avaricia y el deseo eran los móviles que impulsaban el putrefacto desliz en que transcurrían siempre sus miserables y funestas percepciones. ¿Merecían morir? Indudablemente la respuesta debía ser sí, pero, al mismo tiempo, tal vez era demasiado bueno para esos tontos monos tal estado.

Pero, si no merecían vivir ni morir, ¿qué les quedaba? ¿A dónde serían conminadas sus depravadas y podridas almas humanas? En el limbo existencial, en el absurdo, en el desperdicio sagrado que vomitaban los sonidos del éter cósmico. ¡Infames criaturas preñadas de ambiciones y banalidades! ¿Acaso debía perdonárseles por ser tan miserables? ¿Es que acaso su propia ignominia no era visible para sus consumidos ojos? Tal vez por eso debíamos ser misericordiosos con ellos: por ser ignorantes de su propia ignorancia, pues, ¿se puede realmente arrojar el castigo a quien no sabe que está errando el sendero del divino? Son estúpidos, pero hay que

perdonarlos porque no saben que lo son. O, acaso lo sepan y disfruten tal estado de esclavitud mental y perversión.

Es una locura, es algo imposible de discernir, es casi como un acertijo que tomaría eones resolver. La humanidad en verdad es execrable, una maldita miseria que no debe continuar reproduciéndose y esparciendo su vil esencia de manera tan atroz. Ese era el dilema, esa era la contradicción entonces, pues, si no merecen vivir ni morir, se quedaban en el absurdo existencial, en aquello que resulta tan indigno que es imposible ofrecerlo a los más disparatados mundos en el caos inferior. ¿Así terminaría aquel cuento de gusto repugnante? ¿Sería esta la última etapa del plan maestro para resucitar al caimán delator? No se obtuvo nada, eso me queda claro, al haber concebido la estúpida y banal existencia de una raza tan patética que solo sabe envilecerse y fornicar.

Ahogamiento

Ya ni siquiera recuerdo la última vez que me sentí mínimamente bien, pues hasta me parece que siempre han sido la tristeza y la depresión mis únicas acompañantes en este fúnebre panteón de ilusiones carcomidas que es mi vida. Y, pese a todo, aún continúo luchando, aunque sé que carece de sentido todo lo que hago. Es tan contradictorio intentar un cambio cuando lo único que quiero es terminar con esta existencia absurda, sea mediante la navaja, la cuerda o la pistola. Cualquier opción es buena cuando todo se torna gris y la melancolía es la única que impera. Jamás pude escapar de mí mismo, pues siempre, estoy consciente de ello, fue mi mente la que más me lastimó, aún más que la asquerosa realidad. Desafortunadamente, tuve que vivir, aunque siempre me repugnó hacerlo.

Me sigo hundiendo y cada vez es más complicado alcanzar la superficie; de hecho, hace tanto que no lo hago. Los breves instantes donde alucino

con el exterior y con volver a respirar parecen más una ilusión de mi enferma constitución. Pues aquí abajo, donde me hallo ya enclaustrado, solo hay una sórdida sensación de náusea y vacío. Ninguna mano vendrá y me rescatará, pues se ha tornado en un delirio esta pesadilla de infinita mundanidad. ¿Qué caso tendría salir? ¿Para qué fingir que me interesa volver a la pestilente civilización cuando lo único que quiero es ahogarme eternamente? Lo único que me asusta es saber que tal vez no hay un punto final, que este abismo podría perpetuarse aún más allá de la muerte, porque entonces mi sueño no podría ser cumplido, y eso sí que sería una execrable tragedia.

Hablo, desde luego, de la inexistencia; de ese dulce sueño que tengo cuando imagino que puedo fundirme con la nada. Pero divago, pues aún sigo aquí, aunque incluso me parece como si estuviera ya muerto, pues creo que he olvidado toda sensación placentera en esta infame e irrelevante existencia. La soledad es testigo de que cada minuto es más complicado, cada día es una nueva señal de agonía, cada noche es más intolerable que la anterior. Y ni la mejor combinación de mágicas pastillas consigue ya difuminar la insipidez con que escupo en esta laguna de inverosimilitudes y locuras obscenas. Pero llevo ya tanto tiempo ahogándome que me he terminado por acostumbrar, que he aceptado la muerte como la única forma de bienestar, que he olvidado lo que se siente ser yo y respirar. Ahora tan solo sigo ahogándome, desvaneciéndome en el absurdo de mi miseria existencial.

Sombría Falacia

Abajo en el repugnante agujero es donde me hallo tristemente, rodeado de sombrías falacias que me he inventado con tal de sobrevivir un día más, aunque, en verdad, carezca de sentido. Todo en esta existencia vacía me asquea infernalmente, me produce una sensación de disgusto sumamente

intensa. Y es que, ¿podría ser acaso de otra manera? ¿Podría este mundo no resultar tan vomitivo y desesperante? ¡No, no podría! Todo cuanto observo luce en decadencia absoluta, manchado de un matiz grisáceo imposible de teñir con algún otro color. La vida es una miseria recalcitrante que no debería ser tolerada, que debería ser exterminada cuanto antes. El mundo es un lugar horrible, más parecido a un infierno abismal que a una supuesta civilización, y los seres que lo habitan son la mayor muestra de ignominia y avaricia alguna vez concebida.

Sigo abajo, hundiéndome cada vez más, presintiendo que quizá nunca tocaré fondo. Mis alas hace tanto que han sido cortadas, y mi único anhelo en este vacío infame es el suicidio. Espero tan solo a la muerte, a la dulce y sempiterna muerte para purificarme de la humana esencia que ahora me alberga. Ojalá que llegue pronto, ojalá que pronto tenga el valor para hundir la navaja en mi garganta y deleitarme con el aroma del óbito. A veces pienso que aún quisiera sonreír como alguna vez creo que lo hice, pero me es ya imposible. Si tan solo el mundo fuera diferente, si tan solo cada ser en esta miserable existencia pudiera no experimentar ninguna clase de sufrimiento. Pero no, este mundo es solo agonía, locura y pesadumbre. Cualquier felicidad aquí no es sino el emblema de la ignorancia más sórdida.

Y sigo cayendo, cada vez con menos deseos de despertar, con mayores ánimos de permanecer en el ataúd donde se pudrirá mi lacerado cuerpo. Tirado en la cama es como paso mis últimos días, contemplando la lluvia que cae y que me recuerda cuán deprimente es la existencia en este oneroso plano. Acaricio mis venas, mismas que pronto habré de rajar para ataviarme con la fragancia del suicidio. Y pienso también en lo absurdo que es todo, en lo trivial de cada acontecimiento, en lo intrascendente de cada ridículo momento. Abajo, aquí en el agujero donde solo la depresión me acompaña, no hay ya ningún remedio para sentirse a salvo. Cualquier cosa carece de sentido, cualquier intento por volver a la superficie me parece algo de lo más primitivo. Me siento tan triste, pero entiendo que esa es la única manera de sentirse en este mundo conminado al olvido. Y, espero, la sombría falacia de mi vida al fin culminará en este lluvioso, oscuro y solitario domingo.

Mi única compañía

Hoy no hay ya razones para ser mínimamente feliz, para sentirse bien, para experimentar placer alguno. La irrelevancia lo abarca todo, lo contamina todo con su infinita esencia. Y las escasas migajas de amor y supuesta felicidad se desmoronan cada vez más, con una rapidez inaudita. Tan solo me queda una cosa: el absurdo. Sí, el absurdo de mi triste existencia es ya lo único que tengo, la única consolación ante un mundo asqueroso donde he sido encerrado por quién sabe qué causas misteriosas. El decaimiento es absoluto, la melancolía invade mi ser y me recuerda cuán hundido estoy en esta laguna de lóbreguez y agonía. Es irónico pensar que hubo un día donde tuve esperanzas de luchar y querer cambiar el mundo, pues es evidente que el único destino de este mundo, absurdo también, es la extinción.

Las sábanas rojas me envuelven, imaginando que es mi sangre la que las tiñe. Y, ciertamente, así será en poco tiempo, cuando finalmente consiga hacer un buen corte y desangrarme hasta el olvido eterno. Eso es en realidad lo que deseo, lo que me conmueve y me impulsa. Sí, la muerte es el anhelo fulgurante que ha conquistado mi cerebro delirante. La vida ya no tiene nada que ofrecerme con su insipidez y su mundanidad, con la intolerable cotidianidad que embriaga diariamente mi alma. El espejo cruje cuando planto mi reflejo, como si ya ni siquiera pudiera sentirme parte de esta realidad, como si desde hace tanto fuera un fantasma que divaga entre una caterva de murmullos siniestros y de corazones fracturados. Debe ser cierto que pronto sonreiré, que ya casi es la hora en que al fin en el panteón descansaré.

Así es, hoy ya no queda nada. Ni siquiera puedo experimentar amor u odio, pues el vacío en mi interior crece exponencialmente. Y cada sensación es dirigida hacia el abismo, absorbida y transmutada en una

depresiva máscara existencial. Las hojas siguen regadas, aquella poesía suicida que antes significase tanto para mí. Pero ya no, ya no queda nada por escribir, ya nada por plasmar ni tergiversar. Ahora mi alma se ha secado, mis emociones están enterradas en un pasado infame. El caos del absurdo impera, las pastillas no diluyen ya las ideas que obsesionan mi mente. Respiro con dificultad, pues la nostalgia me arrastra hacia los brazos de la muerte. El sol se oculta ya para jamás volver a centellear, y todo se funde con el ocaso de una vida en donde la tristeza fue siempre mi única compañía.

Insustancial

Los días continúan su ritmo absurdo, su constante palpar ahito de insustancialidad. Las personas prosiguen con la monotonía de sus existencias, malgastando su dinero, comprando cosas que realmente no necesitan, consumiendo comida basura y embriagándose en algún antro por las noches. Continúa la reproducción aciaga de esta raza adoctrinada y vil. A pesar de todo, el mundo sigue en pie, aunque sería mejor que estuviera en ruinas. Esta sociedad no tiene nada que ofrecer, nada por lo que valga la pena permanecer vivo. Y cada nuevo ser que viene a este mundo es tan solo un engranaje más de este ciclo horrible y absurdo. Pero los humanos no lo entienden, no pueden percibir la miseria en la que se suspenden sus pobres e infectas mentes.

Nuevas corporaciones surgen y buscan el control del mundo mediante productos nocivos. Los mismos gobiernos intercambian el temporal poder sobre la gran mayoría de monos, embolsándose la mayoría de las ganancias y perpetuando este sistema inicuo. Intereses oscuros prosiguen manejando, cual títeres, a los supuestos líderes que el pueblo democráticamente cree elegir. Todo el mundo parece ir en la misma dirección: hacia la perdición. Y hasta es un milagro que la vida aún no se

haya extinguido dada la inmanente característica de destrucción en la naturaleza humana. Yo sigo orando porque eso ocurra, porque se termine ya este mundo que parece más una prisión que otra cosa. El sonido de un arpa me reconforta, pero realmente es curioso, pues ya nada me importa.

Cansado y aburrido, fastidiado de escuchar las mismas noticias constantemente, vuelvo a mi habitación. Se ha terminado otra semana más de lo mismo: una existencia sin sentido. Tan solo trabajar hasta la muerte con pequeños lapsos de felicidad simulada. La medicina ya no la tomo, pues en nada me ha ayudado. Sigo deprimiéndome, persiguiendo quimeras que en la realidad solo son fábulas de viejos libros. Poesías que nunca volverán a ser orladas con las rosas negras de los ya fallecidos. El mundo humano está más que podrido, todo es un asco. Las personas están acabadas y sus deseos me producen solo vómito. ¿Para qué existir en este lugar? ¿Por qué existe este mundo corrompido? No hay respuestas, no hay soluciones, no hay ya nada. En fin, tan solo hay algo que ahora quiero y persigo: el suicidio.

Los mensajeros

El mensaje provenía de una dimensión desconocida, de un rincón del cosmos donde solo yo podía escucharlo. No creo que fuese mi enfermedad la que me permitía atisbar a esos seres de manos rojizas y ojos negruzcos, de tamaño pequeño y de cabellos grisáceos. Hacía tiempo que venían, que insinuaban deseos de muerte y que me proyectaban hacia un mundo paralelo donde no todo estaba perdido. Pero nadie me creía, nadie más parecía atender a sus súplicas. Y, aunque al principio no entendía bien lo que deseaban, posteriormente me percaté de que tenían la razón en todo lo que susurraban a mi oído. Los escuchaba principalmente en las noches de luna llena, bajaban de las estrellas y traían consigo extrañas poesías

que recitaban con algarabía. Pero lo más sorprenden era su mensaje: solo la muerte tenía sentido.

Comencé a analizarlos, a sentirme parte de su sufrimiento. Y entonces pude comprender por qué querían acabar con este mundo que desde hace tanto estaba ya podrido. No tenían aún el poder suficiente para lograr tal empresa, pero pronto, tal vez, lo conseguirían. No era que quisieran salvarme, tan solo proyectaban en mi subconsciente el sufrimiento por el que atravesaban sus corazones contritos. Su tristeza era infinita, pero habían aprendido a sobrellevarla y a transmutarla en un rencor de proporciones desmedidas. ¡Qué razón tenían! La humanidad debía ser exterminada a la brevedad, pues nada bueno en ella había ya. Este mundo debía ser purificado cuanto antes, pues la maldad era todo lo que imperaba. Este absurdo existencial no podía continuar, las manecillas debían ser detenidas y la catarsis impuesta como la nueva entelequia.

Sin embargo, un día ya no me visitaron más. ¡Qué lamentable había sido la despedida! No, ya no volvieron más para alimentar mi misantropía. Tal vez los medicamentos los habían alejado un poco, aunque lo dudo. Quién sabe por qué desaparecieron tan repentinamente, sin comunicarme sus últimos deseos. Acaso había sido cerrada la puerta que comunicaba su mundo con el mío, acaso mi energía ya no era lo suficientemente pura como para establecer contacto. No voy a negar que los extraño, que quisiera volver a escuchar esas voces, tan parecidas a los melancólicos cantos de la muerte y que tanto estimulaban mi locura. Desde que no vienen me siento sumamente vacío y me hundo en la amargura. Desde que no me hablan siento tanta desesperación en este manicomio donde sigo alucinando sin ningún sentido.

El amor de mi vida

Pienso en ti más de lo que debería, más de lo que alguna vez alguien te ha pensado. Sí, te pienso todo el día, toda la noche; te pienso en cada momento de mi triste vida. Pienso en ti como la única salvación que aún me queda, como el único remedio para soportar esta existencia tan vacía. Te pienso demasiado, hasta alucino con cada parte de tu cuerpo. Pienso que eres solo mía, que nadie más ha osado alguna vez mancillar tus labios ni adivinar los secretos que encierras en tu alma hecha poesía. Porque tú eres, para mis ojos, la poesía más exquisita, la obra de arte más sublime, la deidad más divina, la melodía más perfecta, la esencia más magnificente y la forma humana con la cual aceptaría fundir todas mis vidas. Te pienso mucho más de lo normal, tanto que hasta me sobresalto. Y es tan cierto que, sin ti, ya no le veo ningún sentido a esta vida.

Porque solo tú tienes todo lo que me encanta, todo lo que me hace perder la cordura. Sí, solo tú tienes la belleza más misteriosa en la cual puedo atisbar la magia de la muerte y la pasión más incandescente. Solo a tu lado refulgen mis ojos y a solo a ti te entregaría todas mis poesías sin poner condición alguna. ¿Cómo hacer que te percales de que eres lo más hermoso que han visto mis ojos y que ha experimentado mi ser? Uno solo de tus besos me lleva a un lugar donde siento que podría desfallecer, a un sitio prohibido de donde nunca quisiera volver. Y, cuando te siento tan cerca de mí, creo que mi corazón podría detenerse. Morir entre tus brazos se ha convertido en la fantasía que a mi cabeza enloquece. Yo podría recostarme en el suelo con tal de que tus magníficos pies no volvieran a rozar este infierno.

Y ¡cómo adoro besarte! Cuando colapsan nuestros labios podría jurar que muero y renazco en ese mismo instante. No te imaginas lo místico que resulta intercambiar mi saliva con la tuya. No te podrías percatar de todo lo que me haces sentir con un simple roce de tus suaves manos, pues es como si algo sumamente divino me estuviese acariciando. A veces pienso que no eres humana, que debes ser lo más cercano a una diosa. Todas tus cualidades son tan supremas, todo en ti centellea mucho más que todas las estrellas del universo. ¿Cómo puede existir algo tan perfecto como tu cuerpo y tu rostro? ¿Cómo pueden tus ojos gustarme tanto al punto de no saber ya si me he vuelto loco o si aún estoy cuerdo? Yo te contemplo y mi

existencia se resumen en un solo verso: si no eres tú el amor de mi vida, puedo ya darme por muerto.

Perdí mi corazón

Mi corazón ya no lo siento, parece como si estuviese muerto. ¿Dónde estará mi corazón? ¿Dónde osa ocultarse para impedirme la ascensión hacia el vacío? Pareciera que se ha ido muy lejos, más allá de las arenas movedizas donde escurren néctares que saben a muerte y destrucción, más allá de la poesía maltrecha de un pobre y ridículo soñador como lo soy yo. Hace tiempo que lo venía presintiendo, que tenía la ligera sospecha de que mi corazón me abandonaría en el momento más inesperado. Se ha ido, se ha apartado de mi lado con una rapidez indecible. ¿Volverá a latir algún día con el mismo vigor? ¿Acaso no es cierto que todos perdemos, al menos una vez en la vida, nuestro corazón? Yo lo he comprobado y me ha lastimado sobremanera, me ha desfragmentado a su manera. La ausencia de mi corazón me duele, pero también me acerca a la indescriptible magia del suicidio.

Antes podía sentirlo, pero ya no más. Ya no están aquí esos recuerdos melancólicos, esos días lluviosos donde me parapetaba en una pocilga y me pudría lentamente. No, aquellas memorias ahora están opacadas bajo el brillo de las estrellas. Y solo el llanto y la amargura de saberme aún vivo sin mi corazón me laceran el alma. Pero ¿qué diferencia habría? Pienso en ocasiones que ha sido lo mejor, pues en este mundo vil y en esta realidad corrompida tener corazón es más una debilidad que un don. Las personas con corazón continuamente son las más lastimadas, las más envenenadas con el imperante y siniestro absurdo existencial. Entonces ¿para qué tener un corazón? ¿Acaso quiero volver a tenerlo yo? ¡No, mejor no! Que se quede lejos de mí, que se hunda en las garras de la monstruosidad infame hasta tornarse en una mera ilusión.

Y la mantis dorada colgará de mi pecho para saborear la sangre que escurre por mis venas, para saciar el instinto sexual de quienes viven en plena condena. La desdicha no será sino la bienaventuranza de quienes osan aún oponer resistencia. Y sí, creo que me engaño, creo que me miento mucho todavía. A veces extraño tener corazón, aunque al mismo tiempo me repugne. Quizá solo extraño volver a sentir, volver a sufrir. Porque, es evidente, este mundo es solo un sufrimiento sin sentido donde no existe escapatoria que no sea la dulce muerte. Y ¡cómo me hubiera gustado haber fundido mi corazón en su deliciosa esencia! Pero se ha ido, ya no puedo sentir sus anómalas palpitaciones invadiendo mi ser. He perdido mi corazón, he perdido cualquier deseo de vivir, me he perdido a mí mismo. Y todo lo que queda de mí no es sino una vieja y maltrecha silueta conminada al abismo.

No hay novedades

No, no hay nada nuevo. No hay nada, en realidad. Nuevamente me asomo por la ventana y miro los mismos edificios, las mismas casas, las mismas personas que sonríen estúpidamente y cuya ignorancia y felicidad no puedo ya compartir. No hay nada dentro ni afuera, nada por lo que valga la pena respirar, nada por lo que quiera existir. Todo es absurdo, todo se está derritiendo en el fondo de una lúgubre pocilga, de un desperdicio infinitamente atroz. Y sé que mañana será igual, que tendré de nuevo el vómito existencial, que esta psicosis no menguará. Y el amanecer, ¡maldita sea! ¡Cómo detesto el amanecer! Un día más, un día menos. Otra vez despertar para odiarlo todo, para aborrecerme en esta prisión existencial. El trabajo, la familia, los amigos, la bebida, los cigarrillos, el absurdo... En fin, nada especial, nada diferente.

Anhelaría mezclar mi sangre con la de algún otro ser igualmente hambriento de amor, pero me es imposible. Ya ni siquiera puedo amar, o

¿sí? ¿Puede concebirse algo más trágico? No, no se puede. No puede existir nada más inútil que yo y mi insipidez sexual. No existe nada por lo que valga la pena vivir mi vida, pues no es sino la patética y triste historia de un perdedor. Lo más irónico de todo es contemplar la navaja y acariciar la pistola, oler el dulce aroma de la muerte que tanto añoro, que tanta falta me hace, que tanto se me escapa. Mi vida no podría ser más desabrida, más insulsa y obsoleta, pues no tengo nada de especial, nada por lo cual diría yo que podría sonreír. Conocidos pocos, verdaderos amigos menos. Y mi familia tampoco me entiende realmente, todo es jodidamente absurdo.

Lo que más me asquea es siempre hacer lo mismo, esa enfermiza rutina que tantas náuseas me produce. Es que ¿acaso no existía algo más interesante en la vida? Prostitución, pornografía y demás cosas ya las había consumido, y me tenían más que aburrido. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Con quién hablar? Todos estaban tan ciegos y yo era tan imbécil. Solamente un falso profeta condecorado con la amnistía de los viles pecadores, un ser que levitaba en las mentiras a las que se aferraba para evitar su propia insania. Mi mente parecía no corresponderme y mi cuerpo era más como una tumba que algo viviente. Yo mismo ya ni siquiera me sentía vivo, ni siquiera podía reconocermme como una entidad que existía. El hartazgo siempre me invadía, siempre corrompía mi alma. Y todo lo que sé es que hoy tampoco hay nada nuevo, tampoco hay ninguna novedad, tan solo me queda ya esperar mi absurda muerte.

Imposibilidad

Mi falso amor, ni único amor. Mi amor platónico, mi amor imposible. Sí, yo te contemplaba cada día con la misma ilusión, con la misma estupidez de quien sabe que añora algo que jamás podrá obtener. Pero eso no me

importaba, claro que no. Porque yo a ti te amaba, aún lo hago, aunque tú ya me hayas olvidado. Y recuerdo esos días donde aún escuchaba tu voz, donde el catártico encuentro reproducía alucinantes visiones lejos de este horror, lejos de esta pesadilla infame que es mi mente. Todas las piezas giraban, todos los rompecabezas se armaban, todas las sinfonías sonaban, todas las voces cantaban cuando contigo yo me encontraba. El efecto que producías en mi psique todavía no logro discernirlo, pues verte me producía algo más que bienestar, tranquilidad y purificación; verte me parecía lo mejor a lo que podría aspirar un patético perdedor como yo. Sí, verte a ti, a mi eterno e imposible amor.

Y no era para nada algo concomitante ni tenía por qué serlo, no era que tú pudieras sentir lo mismo o algo mínimamente igual. De hecho, creo que no sentías nada, al menos nunca lo demostraste, pero yo sí que de ti estaba enamorado como un maldito loco. Por ti, ¡quién sabe qué clase de locuras hubiera cometido! ¡Qué clase de personas hubiera asesinado, qué clase de realidades hubiera distorsionado! Pero eso solo vive en mi memoria, en mi trastornada memoria donde tu recuerdo es lo que más impera, lo que más me tortura. Pero, aun así, volver a perderme en tu fulgurante mirada es todo por lo que aún vivo, es lo único que me mantiene todavía lejos del aroma del suicidio. Tu esencia la tengo por encima de todo, y tú eres para mí más sagrada que la muerte y todas sus súplicas por la madrugada. Tú eres lo más hermoso que han contemplado mis humanos y sombríos ojos en este infierno eterno que es la existencia.

Me pregunto en dónde estarás ahora, si acaso serás más feliz, o si continúas sonriendo con esa peculiaridad con la que lo hacías. No sabes lo que yo daría por verte sonreír cada día hasta que se extinguiera el absurdo fuego de este amor ridículo y enfermizo que por ti experimento. Para mí, tú eres como una deidad, como algo más que divino ante lo cual no merezco sino arrodillarme y besar el suelo que rozan tus etéreos pies. Tú eres la supernova donde quiero hacer arder mi corazón y las estrellas que busco alcanzar cada solitaria noche con esta poesía que me desquicia y que me hace añorarte aún más, aún a costa de mi razón. Mi falso amor, mi eterno amor. Una sola de tus caricias bastaría para compensar mi dolor, para someterme de nuevo y refulgir entre los llantos de un

amanecer en este invierno sempiterno, para apaciguar un poco a las sombras de la muerte que rondan esta habitación siniestra cada lluvioso atardecer sin ti.

El laberinto

El laberinto de nuevo aparece, las consecuencias no son buenas. La desfragmentación me enloquece y cualquier intento por escapar sería una tontería. Entre las raíces del olvido me desparramo y me cuelgo una y mil veces hasta experimentar cómo sería reencarnar sin ser humano, sin ser yo, sin estar en este cuerpo de inutilidad plagado. Las langostas persiguen a los pecadores y los cánticos hacen que mi razón se estremezca, y mis intestinos se mezclan con la paráfrasis del azul celeste. Es tan solo una locura creer que podría mantenerme cuerdo en este mundo aberrante y enfermo, en esta patética pantomima donde pretendo que existo, donde no encuentro ya razones para seguir vivo, donde sueño que en realidad sí me cuelgo.

Es una ilusión matizada, es una realidad alterna donde me hago pequeño y vuelvo hasta tu encuentro. Siguen sonando las trompetas, siguen corriendo los caballos al encuentro de los jinetes. Y yo prosigo en tu búsqueda, añorando tocar tu mano y dedicarte un poema. Pero nada me confiere tal poder, nada es lo suficientemente cercano a tu esencia inmaculada. Yo soy un mártir solamente, un pobre ser que se deprime cuando de tu amor es carente. No sé ya ni quién soy y tal vez no necesito saberlo. Lo único que quiero saber es si podré besarte de nuevo alguna vez, aunque sea en el ocaso más suicida, aunque sea en un universo donde nuestra eterna distancia no exista.

Quisiera volver a besarte, volver a experimentar el colapso de nuestras bocas en el atardecer más iridiscente, en el plano que nos sea más

tangente, en el fondo del abismo o en la cumbre de los cielos. No me importaría el lugar ni el tiempo, ni siquiera si posees otro cuerpo, pues únicamente añoro fundirme contigo hasta nunca más volver a mí, hasta no recordar lo que he vivido y lo que he sido. Pero son ensoñaciones, tan solo elucubraciones superfluas que no me animo a decirte, que no tengo el valor de confesarte. Pues aún más miserable que todo lo anterior es mi existencia desde el día en que te fuiste, desde el día en que me dejaste para experimentar nuevas sensaciones en un reino diferente. Hoy sé cuánto te extraño y lo que daría por escapar de este laberinto cuanto antes, pero, tal vez, mi destino sea pudrirme en él hasta mi añorada muerte.

La tormenta

Ya solo el sueño significaba algo, ya solo el sueño me proporcionaba un mínimo descanso de esta realidad nefanda, aunque lo que yo añoraba era el eterno letargo. No sabía cómo ni por qué, pero ya estaba harto de todo; harto de mí, de la existencia, de este absurdo teatro. No había razones para seguir viviendo, todo lo que restaba era entregarse a la dulce fragancia de la muerte para apaciguar por unos momentos el absurdo en el que me suspendía, y que, día con día, aumentaba su insistencia. La latencia de mi alma está a punto de terminarse, y yo seré entonces un muerto viviente que con la noche ha de purificarse. Tan solo añorando la autodestrucción y complaciendo mis instintos suicidas es como llegué a la flagelación. El sol ya no brillará, los colores ya no aparecerán, los sonidos se distorsionarán.

La tormenta no cesará, sino que continuará consumiéndome, pudriendo lo que alguna vez creí como real, vomitando todos los atardeceres sentado en aquella pestilente realidad. La sombra ya viene, ya casi termina de enloquecerme con sus aullidos y su inicua morbosidad. Los ángeles

ensangrentados también piden clemencia, y yo se las otorgo para no dañar más el universo absurdo donde se pierden mis esperanzas al morir. Experimento convulsiones fatales y la espuma rojiza de mi boca me sabe exquisita. La sangre de mi cuello escurre, empapa todos los planetas y tergiversa este muro para no ofender a los soñadores del caos máximo. Es hasta placentero sentir la navaja desgarrándome, entrando y perforando la yugular. Es casi como algo perfecto saber que ya nunca más tendré que despertar.

Sí, es algo idílico pensar en ese fantástico momento en que al fin todo fundirá a negro y me desprenderé de este patético y asqueroso traje humano. Pero aún restan algunos días antes del final, antes de la tragedia que definirá el ocaso de mi triste constitución. Pues apenas y creo ser yo mismo con tantos espejismos en el interior, con tantas cosas inculcadas como principios de vida. No hay realmente ninguna salida, todo es destrucción, sufrimiento y caos; todo es perdición en el abismo de la más sórdida depresión. Y las nauseabundas criaturas que susurran exóticos pasajes en mis oídos no me conceden un mínimo descanso. Siempre quieren más, absorben mis esperanzas de renovación, de una celestial concepción. Entonces más me hundo, más caigo, más abajo me revuelco sin elección. El abatimiento no es tan malo si se considera que lo absurdo reina en el exterior, y que cualquier intento por un cambio es solo un sueño imposible, un error de la mente en la escena del agresor.

Lo Oscuro

Me percibo, pero ya sin alma, ya sin ser yo, ya sin deseos de salir y comenzar a vivir otra vez. Hace mucho que los deseos de sonreír me abandonaron, que en esta pestilente tumba regurgito lo que alguna vez quise. La oscuridad lo es ya todo, la soledad es mi única compañía. Mis ojos están apagados, mi ser está podrido. Por mis venas ya no sé si aún

fluye sangre o si tan solo me sostengo gracias al odio. Este mundo es un asco, una blasfemia, una locura sacrílega que debe ser evaporada a la brevedad. Aquí todos mienten, todos sufren, todos matan y mueren sin cesar. Es este mundo el infierno donde me siento forzado a existir, donde debo permanecer hasta deleitarme con la muerte. Y las llamas eternas en donde arden mis poemas aún me parecen reales, aún se sienten como si fueran especiales.

Las traiciones son comunes, las batallas están todas perdidas de antemano. Lo único que nos resta a nosotros, a los melancólicos deprimidos, es, sin duda alguna, el suicidio. La realidad es una calumnia y la humanidad una vil plaga, una infestación es esto que llaman sociedad. Todos los humanos mienten, no hay nadie en quien se pueda realmente confiar, la existencia en este plano debería estar prohibida. ¡Qué repugnante es saber que en esta prisión soy un vil esclavo más! ¡Qué deprimentes son estas tardes lluviosas donde reflexiono sin parar! El destello de Satanás viene ya, primero quedamente, luego toma fuerza y exprime mi ansiedad para chorrearne con el líquido crepuscular. Ya todo lo que pienso es basura, ya no hago nada más que tirarme en cama y llorar sin parar, arremeter contra mí mismo y alucinar en el éxtasis de la inexistencia absoluta.

Pero aquí, en el mundo humano, apesta a muerte, apesta a traición y a decepción. ¡Qué iluso fui al creer que algo así perduraría! Todos los vínculos están rotos, todas las flores están marchitadas, todos los libros están deshojados, todas las almas están consumidas. Únicamente el vacío y el caos reinan en este cementerio viviente, en esta cárcel deprimente y monótona donde se pudren los anhelos. Así es el mundo humano, infestado de contradicciones y de sufrimiento existencial, de miseria y de avaricia, de seres que ambicionan siempre más. ¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué han de existir esta realidad ominosa y este mundo ignominioso? ¿No sería mejor acabar con todo? ¿No sería más sensato purificar esta estupidez con el trueno del último dios? ¡Que todo sucumba, que todo se oscurezca ya!

Te Quiero Demasiado

Te quiero más que todo, más que nunca, más que a cualquiera. Sí, yo te quiero a ti tal cual eres, en tu faceta más magnificante y en la más deprimente. Te quiero por ser tú, simplemente por eso. Te quiero en cada uno de los universos donde nos encontremos, en cada una de las realidades donde coincidamos. Te quiero, aunque tal vez en un futuro no seas para mí, aunque tu sonrisa la contemple cada anochecer otra persona algún día. No me importa, pues yo ya he decidido quererte a ti y eso nada ni nadie podrá cambiarlo. Te quiero una y mil veces, una y un millón de veces. Te quiero demasiado, tanto que ni siquiera podrías imaginártelo. Te quiero en tu forma física, mental y espiritual. Te quiero en todas las perspectivas desde las que te pudiera contemplar. Te quiero por encima de cualquier problema, por encima de mi trastornada imaginación.

Te quiero más de lo que te anhele, más de lo que pienso en ti todo el día. Te quiero realmente sin necesitar de una razón, sin que estés conmigo todo el tiempo. Te quiero así, a veces distante e indiferente, en otras ocasiones tan cerca y tiernamente. Te quiero y pienso que tú también me quieres, pero no sé, no tengo ninguna forma de comprobarlo. Te quiero y sé que no debo, que no puedo quererte de esta manera tan insana, pero, aun así, lo hago, y eso me jode. Te quiero aun si tú no me quieres, aun si nuestras bocas nunca llegan a unirse, aun si nuestros espíritus no pueden conjugarse jamás. Te quiero más allá de cualquier locura, de cualquier suicidio, de cualquier existencia delirante. Te quiero ver centellear de manera inigualable, incluso si no es a mi lado.

Te quiero al natural, sin maquillaje o con él, peinada o despeinada, con la ropa que sea y con el peinado que sea. Te quiero como sea, en donde sea y a la hora que sea. Te quiero de modo irrevocable, de manera incondicional. Te quiero sin esperar nada a cambio, sin necesidad de que tú hagas algo por mí. Te quiero así: siempre libre, siempre con tu hermosa libertad. Te quiero ver en lo más alto, cumpliendo todo lo que te propongas. Te quiero y siempre estaré para ti, aunque tú no estés para mí.

Te quiero y quiero estar para ti no tanto en los momentos buenos, sino más en los malos. Te quiero más de lo que quiero mi soledad y misantropía. Te quiero más que a cualquier ironía, más de lo que quiero deshacerme de mi vida. Te quiero más de lo que quiero mi muerte. Y finalmente, te amo, puedo estar seguro, como jamás nadie lo hará, pues para mí tú eres lo más bonito, especial y sagrado que pueda existir, incluso si solo existes en mi imaginación.

Tu partida

No podía creerlo, pero tenía que hacerlo, tenía que dejarte ir para siempre. Sí, pues entendía que tú jamás me habías pertenecido y que no buscaría que te quedaras conmigo en contra de tu voluntad. Porque yo sé que tu corazón late por alguien más, y sé que ya no soy yo el dueño de tus sueños ni el motivo de tus mágicas sonrisas. Puedo atisbar el cambio en tu mirada, puedo percatarme de la desfragmentación en la noche de las bestias aladas. Sé que no es sano, sé que es una locura, pero debes saber que yo todavía te amo. Te amo incluso si tú amas a alguien más y, por ese amor, es que debo permitirte partir, que no debo oponerme, que debo entregarte el regalo máspreciado: tu libertad. Sí, porque creo que eso es lo más sagrado que yo puedo darte, que yo quiero obsequiarte. Tan solo añoro que seas libre, que vuelves cual pajarillo resplandeciente en el cielo más esplendoroso.

Quisiera que me permitieras contemplarte en tu máximo esplendor, que me permitieras ser el observador de las supernovas que centellean en tu mirada. Si tan solo puedo tener eso, entonces no sabes cuán jodidamente feliz sería. Sí, lo que no daría por verte cada día del resto de mi vida, aunque fuese en brazos de alguien más. Pero no me importaría, porque ya te dije que te amo y que mi amor por ti es incondicional. No necesito que estés conmigo, tampoco requiero de tu cuerpo ni de tus pensamientos. Me basta lo que yo por ti siento para que ese amor refulja en lo más

sempiterno del firmamento de mi alma, para que pueda purificarme bajo las lagunas de la muerte y resurgir de entre los desiertos más delirantes. Me basta contemplarte a lo lejos para que mi corazón fulgure y se escape, para que pueda recorrer todos esos mundos espirituales en los que me tiene embotado tu poética silueta.

Porque para mí no hay algo más elevado y hermoso que tu rostro, que tu idílica presencia cuando te acercas con esa sintonía perfecta. Yo te he amado desde el comienzo, desde el primer momento, desde el primer día que te conocí. Sí, yo sabía que te amaba desde entonces y que te amaría eternamente, porque tú eres todo lo que yo siempre he adorado. Pero ahora te marchas, ahora tienes un nuevo amor, un nuevo nido, y está bien, pues es ya momento de desgarrar el idilio que juntos construimos. Hoy dices adiós, rompes para siempre esa capa que nos protegía de la horrible realidad y me dejas casi muerto. Pero estoy seguro de que sobreviviré, de que aún no me mataré, pues todavía quiero verte relucir una última vez. Y luego, entonces tal vez sí; tal vez me entregue, al fin, al consuelo que me ofrece el suicidio como una metamorfosis de esta bella e inconmensurable soledad.

Oquedad Iridiscente

Bestias inmundas cabalgando sobre las más preciosas prostitutas, con alas de ángeles caídos que soplan las trompetas del último aullido. El rojo se intensifica y la sangre no espera, sino que brota por doquier e invade este laberinto sin salida. Las nubes oscuras dejan caer el ácido que purifica a los malnacidos, que sentencia los dolores de los mil retoños en el apocalipsis mejor previsto. Y yo sigo aquí, sentado en la esquina de este infierno, contemplando la majestuosidad del invierno que congela los corazones y embelesa a los aduladores. Me pregunto si pronto será mi hora; ojalá que sí, porque ya estoy más que cansado de lo mismo, de esta

realidad execrable que tanto me asquea. ¿Puedo vomitar de nuevo? ¿Puede alguien decirme qué maldita razón tengo para seguir vivo?

Estoy seguro de que ninguna, de que no hay nada ya que sirva como paliativo en contra de esta condición tan extraña y enervante, que se apodera de mis nervios a cada instante y que carcome todas mis esperanzas. No, no creo que exista cura alguna, que exista un remedio que sirva por siempre, al menos de aquí a mi anhelada muerte. Los cangrejos con alas continúan conquistando las calderas de los demonios blasfemos, inundando con su presencia nauseabunda las estrellas del amanecer y emponzoñando el anochecer que ya viene, pero que demora su maldita aparición para permitir a los infames una última escena de reproducción. Se pegan los cuerpos y se escuchan risas y gemidos en las paredes multicolor del antro pérfido. Todo lo que hago es contenerme, mantenerme a salvo en esta esfera de atemporales plataformas y de iridiscentes oquedades.

El sinsentido vuelve más fuerte que nunca, más embriagante que cualquier bebida. No hay manera de contrarrestarlo, de hacer que abandone mi cabeza delirante. Todo explota, todo converge hacia el suicidio de las almas rotas. Y, aunque me duele, debo aceptarlo; debo creer en su poder para escindirme de esta malsana condición terrenal, pues solo así se explicarán todos mis dolores y se apaciguarán todos mis conocimientos prohibidos. En esta guerra contra mí mismo es donde me siento perdido, donde he derramado sangre y lágrimas con tal de conocerme un poco más, de ser un poco menos humano y de estar un poco menos dormido. Pero es inútil, cualquier resistencia carece de sentido, cualquier plan ha sido ya conminado al irremisible fracaso. Yo mismo soy débil, cedo ante los arañazos más banales de una existencia que jamás he querido, pero que me pertenece por desgracia divina. La cortina está a punto de cerrarse y este absurdo teatro de la vida no podrá entonces ya volver a tomarme.

Absurdo Siniestro

Aflicción de una alma rota, de un posesivo aroma que distingo como el de la muerte. Rosas negras que caen del cielo para entristecer aún más este día nublado, para recordarme cuán deprimente es la existencia y cuánto carece de sentido cualquier acción o pensamiento. El sol hace tanto que no lo contemplo y ni siquiera recuerdo ya cómo se sentía estar feliz, o si alguna vez lo estuve, si en algún tiempo sonreír falsamente. No, ahora todo se oscurece, la navaja ataca mis muñecas y la sangre que escurre me llena de angustia. ¡Cómo quisiera que no fuera así! ¡Cómo quisiera estar menos solo y ser más comprendido! Pero no, el tiempo es mi enemigo y el suicidio mi único amigo. Le ruego que me envuelva entre sus brazos, que me brinde esa paz que emana, esa calma que tanta falta me hace. Pero sigo vivo y todo me fastidia, todo me enloquece, todo es siniestramente absurdo.

Y, dentro de mi miseria, sí que aún te recuerdo; sí que aún tengo esas memorias derruidas de lo que fue nuestro desamor, nuestra trágica historia. Esa ha sido la única vez que he sentido alcanzar la victoria en contra del absurdo, de las garras poderosas que me abaten cada día, que me arrastran hacia el agujero de la más sórdida tristeza de la cual es impensable siquiera escapar. He llegado a odiarte, he maldecido tu nombre una y mil veces, pero, en el fondo, creo que aún te amo. Y creo que tu partida hacia el más allá fue lo mejor, aunque desde entonces vagué sin rumbo alguno entre los supuestos vivos, aunque me haya vuelto un cadáver andante sin motivos y sin la más mínima esperanza de volver a sonreír como cuando estabas aún viva.

El alba está próxima y mi muerte quizá también. El fuerte fulgor de las estrellas me deja herido, me recuerda el resplandor de tu mirada perdida. Y, con ello, viene nuevamente la ironía, la estúpida pregunta de siempre: ¿para qué seguir existiendo? No puedo soportar ya la nostalgia que raspa mi interior y que me suplica por entregarme a la muerte con el objetivo de volver a verte. Sé que es una locura, que todos mis lamentos no podrán traerte otra vez, pero lo intento mientras rasgo mis muñecas y se siente

tan bien. Las cuencas del dolor imploran por una víctima, por el retorno del dios predilecto. Yo deseo aplacar sus quejidos, añoro el catártico silencio de las torres oscuras. La lujuria no ha podido conquistarme, no ha conseguido que mis anhelos en otros cuerpos se derramen. Y sé que nada lo hará, pues te amaré eternamente, aunque haya tenido que matarte.

La Señal

Y lo que comenzó como un juego terminó convirtiéndose en la máxima señal de la destrucción, en la bofetada que el falso dios arrojó en mi rostro acabado. Ni en los sueños mejor orlados se podría distinguir tal condición, tal grosería. No, de verdad que no. Otra vez hablo con la ironía mordiéndome los pies, con las falacias que yo mismo invento con tal de subsistir en esta realidad absurda y plagada de seres corrompidos. Ya no soy yo mismo y tal vez nunca más lo seré. ¿Qué soy ahora? ¿Qué seré después? ¿Hasta cuándo se abrirá el cielo para arrojar un poco de esperanza a los más atormentados? Este calvario existencial no me deja tranquilo en ningún momento y presiento que se pondrá peor, que más me desgarrará desde el interior.

¿Cómo explicar lo que no se puede entender? ¿Cómo ilustrar a otros ese maldito síntoma que solo yo puedo percibir? ¿Es la desesperación de existir? ¿Es acaso algo más? Tal vez locura, misantropía, ansiedad, imaginación o todo a la vez. Ahora ya ni siquiera sé con qué ojos atisbo el más mínimo rayo de piedad para un pobre pecador como yo, para un tonto en un mundo donde la inteligencia está al revés. Lo único que deseo con todo mi ser es la muerte, solo ella fungirá como la entidad inmanente que disolverá todos mis desvaríos. Solo a ella me entregaré en el lecho de las mil concubinas. Le debo todo a la muerte, todo lo que he sido y lo que seré, pues es mi única salvación en un mundo ahíto de mentiras y de

imbéciles. Por desgracia, aún no puedo entregarme a ella; aún debo padecer los efectos adversos de este supuesto despertar.

Y a veces ya no lo soporto por más tiempo, ya no sé qué hacer con toda la presión que oprime sobre mi ser, con sus nauseabundas pláticas que llegan en forma de eco desde alguna especie de vacío multiforme. Sus voces son raras, demasiado alejadas de lo humano, demasiado apegadas a una especie de radio descompuesta. Pero no se van, sino que atacan a su presa y saltan, cual fieras, sobre la carne para devorarla. Y la carne es mi cabeza, una que ya ni siquiera sé si todavía me pertenece o si ya ha sido consumida por aquellos susurros anómalos. La realidad es que hace tanto que no me reconozco, que he perdido la habilidad de saber qué soy en este mundo siniestro y falso. Pero todo habrá de terminar pronto, o eso espero. Realmente ya casi no me queda tiempo, ya casi es hora de incrustar esta bala en mi cerebro.

Libertad

Los intrascendentes días son una maldita carga que ya no deseo soportar por más tiempo, son ese fatídico lastre que se torna más insoportable conforme mi miseria existencial se incrementa. Ya no sé qué hacer ni a dónde ir; no hay un lugar que sirva de refugio, pues todo es siempre desolación y agonía. Basta ya de mentiras, de tantas estupideces escupidas por las bocas más nefandas, por las de aquellos que se hacen llamar gobernantes y que, cual títeres, aparentan poder frente a las masas. Basta ya de tanta desilusión en este poético cementerio de sueños rotos, en este divino apocalipsis de las tragedias no contadas, en esta exégesis primordial de las desgracias inmaculadas. Todo se torna absurdo y cualquier paisaje es un árido desierto donde estoy conminado a vagar hasta que se desprenda mi magullada alma de este putrefacto cuerpo.

Estoy más desesperado que nunca, más melancólico que de costumbre y más suicida de lo normal. Todo tiende a ello, todas las señales me indican que ya debo cometer el acto más bello, que ya es momento de extirpar de mi carne podrida eso que algunos dicen es el alma, que ya mi espíritu acongojado no debe permanecer en esta realidad gris y deforme. Y sí, quiero hacerlo de una vez por el método que sea, de la manera más rápida y sin importar nada más. Quiero matarme de una jodida vez, sin más preámbulos ni pretextos, sin que nada más influya en mi cruenta determinación. Al fin y al cabo, ¿de qué serviría seguir con vida? Es decir, ¿a quién le importaría la vida de un ser como yo? He fracasado en cada aspecto, he sido solo una aberración que necesita ser exterminada cuanto antes.

La rimbombante depresión no cesa y mi deprimente existencia sigue tambaleándose en una incesante lucha por una supervivencia que, en el fondo, no quiero. Pero es ese maldito instinto el que tengo que vencer, es ese el sagrado umbral que necesito cruzar, y entonces ya nada más importará sino el suicidio sublime. Sé que tengo que hacerlo, que todas mis reflexiones nocturnas me llevan a ello. No hay otro camino, no hay otra forma de afrontar que esta realidad es el mayor de todos los horrores. No tendría ningún caso continuar respirando, en especial cuando me duele tanto cada nuevo amanecer, cada banal día que tengo que soportarme y soportar a la asquerosa humanidad. Prefiero morir de una vez, prefiero acelerar lo que, de cualquier modo, acontecerá. Y eso es lo que todos deberíamos de hacer: suicidarnos y poner en libertad nuestro verdadero yo.